

Fiesta de la Transfiguración del Señor (06-08-23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

El 6 de agosto celebramos la Fiesta de la Transfiguración que, en cierto modo, recoge también esta reflexión que hemos hecho en la Cuaresma, en donde uno de los domingos es también la Transfiguración. Pero nos viene a nosotros como algo muy importante para nuestra vida porque nuestra fe necesita fortalecerse, justamente con una referencia de hacia adónde vamos. Y los discípulos, caminando con Jesús, reciben de Él esta manifestación en razón de ayudar a percibir esta finalidad a la cual vamos, para no desanimarse, para saber que las contradicciones, las contrariedades, los dolores, los sustos, los miedos que tenemos, puedan irse esparciendo gracias a que el Señor va entrando en nosotros y vamos conociendo que hay una esperanza de encontrarnos definitivamente resucitados.

Y, de hecho, entonces, Jesús quiere empezar a hacerlo con los discípulos que estaban más cerca de Él, y que en el camino habían mostrado algunos problemas (concretamente, Pedro). Todos conocemos la fe de Pedro y conocemos esa frase que señala (y que también la hemos ya reflexionado el 29 de junio en la Fiesta del Papa): “¿Quién dice la gente que soy yo? ¿Ustedes que dicen que soy yo?”, pregunta Jesús. Y Pedro dice: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”. Y el Señor empieza a explicarle, le dice que lo que ha dicho es la verdad y que, por eso, lo constituye, gracias a esa fe, como columna de la Iglesia. “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”, dice el Señor.

Pero, luego, el Señor empezó a hablar de que el Hijo del hombre tenía que sufrir mucho, y hoy día se habla de la imagen del Hijo del hombre triunfante, pero siempre en la fe cristiana sabemos que es una persona plena de Dios, el Hijo de Dios, (“he aquí mi hijo, el amado, aquel en quien me complazco”) que es plenamente Dios pero profundamente ser humano; y que, por lo tanto, asume nuestra humanidad, nos acompaña y siempre la referencia de la fe está en la experiencia humana, que es muy importante.

Parece que Pedro tenía esa ilusión de que Jesús sea realmente el gran Mesías, pero le costaba entender que la humanidad de Jesús tenía que ser una humanidad sencilla, pobre, totalmente comprometida con los que sufren. Y, entonces, el Señor le había dicho: “Apártate de mí, Satanás”, es decir, como una especie de tentador, de no cumplir esa misión de ser Dios entre los hombres. Por eso, el nombre de Jesús, en el Evangelio de Mateo, es “Emanuel”, Dios con nosotros, integrado a nuestra humanidad, a nuestra historia, a nuestros problemas, a nuestras dudas.

Y, ¿qué sucede? Que el Señor opta por mostrar un pedacito del Reino de Dios y se los lleva a la montaña. Y en esa montaña están los discípulos que son más cercanos, más íntimos, son más fieles y, por lo menos, no pierden el norte. Y, entonces, se los lleva y dice que se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía.

Hoy día, el Papa ha dicho a los jóvenes que la primera cosa es dejarnos iluminar siempre por el Señor, de tal manera que contemplemos la maravilla de la grandeza y vivamos también en la alegría de su presencia, especialmente, cuando tenemos un momento de oración, cuando la Iglesia se reúne, inclusive, cuando adoramos en el momento de la elevación de la

Eucaristía, elevamos el Pan, que es el Señor Transfigurado, porque, siendo invisible, se hace visible.

El Señor dejó el pan y el vino como signos de su Cuerpo y Sangre, Él también transfigura el pan y el vino para que todos nosotros tengamos la experiencia de que Dios es un Dios amor que siempre nos da el pan y el alimento y el vino de la alegría. Y eso viene de Dios, que está para darnos de comer y compartir su vida con nosotros, y Dios también está para darnos alegría. Por eso hay un salmo que dice que Dios creó el vino para alegrar el corazón del ser humano. Acá no tenemos mucha costumbre de tomar un buen vino, pero en Ica sí la tienen, en Pisco también.

Pues bien, hermanos y hermanas, todos tenemos que contemplar al Señor para ser iluminados nosotros por su luz, cosa muy importante porque siempre buscamos una luz en medio de tantas oscuridades y, hoy día, el Papa ha dicho a todos los jóvenes - que sufren tantas oscuridades - que siempre dispónganse a contemplar al Señor para llenarse de la vitalidad de su luz, que es algo así como radiante, como un sol radiante que nos ilumina siempre. Pero les ha dicho a los jóvenes bien fuertemente: *iluminados, no luminosos*, porque, a veces hay personas que se sienten muy luminosos. Hemos tenido hasta un grupo que se llamaba Sendero Luminoso, y que era un sendero tenebroso, no luminoso.

Cuando nos creemos luminosos, nos volvemos tenebrosos. Cuando nos creemos la divina pomada, resulta ser una "pomada de segunda" que ni siquiera sirve para lustrar zapatos. Y, ¿qué es lo que pasa cuando uno se auto considera el "man", la "mujer maravilla" y los demás son considerados "chusma"? Lo que hacemos es dividir la humanidad y no

integrarla como hermanos, no considerar que somos hermanos.

Y esta tentación existía también en los discípulos. Los discípulos tienen una fe un poco especial, es una fe que quiere imitar “la fe de los pocos” que gobernaban Israel y tienen esa tentación permanente. Jesús les dice, en el Evangelio de Mateo (6,30), esta palabra que griego “*oligopistos*”, que se ha traducido como “poca fe”, pero no es así, sino hace referencia a una “fe de la élite”, una “fe de pocos”. Por eso es que a los discípulos no les gusta que Jesús tenga que sufrir, porque ellos se habían formado otra idea del Mesías. Y el hecho de que Jesús sufra los hace aterrizar en la tierra, pero ellos se sentían en el cielo.

Y en el Evangelio de hoy pasa algo parecido. Una vez que el Señor se transparenta, se transfigura y comunica su luz a ellos, los discípulos se sienten muy felices: ¡Qué bueno es estar aquí!, ¡qué bacán! Están tan felices que quieren hacer tres tiendas y quedarse para siempre. Eso también nos gusta a todos en la fe, por ejemplo, estar en la Iglesia y ser hermanos, compartir todo lo que, a veces, no tenemos en la humanidad, porque en la humanidad nos peleamos todos los días. Aquí, por lo menos, no nos peleamos y recibimos todos el Cuerpo de Cristo con tranquilidad y estamos unidos como hermanos; pero no podemos quedarnos en la Iglesia, tenemos que salir a acompañar ese mundo para que todo ese mundo que está fuera se convierta en un mundo hermano.

Y resulta que, cuando viene la nube, los envuelve y dice el Padre: “*Este es mi Hijo Amado, escúchenlo*”. Y eso era lo difícil para los discípulos porque les cuesta entender y escuchar a Jesús. Ellos que estaban tan felices, de repente, se tiran a tierra y llenos de miedo además, de terror. ¿Qué curioso, no?

Que esa sensación de alegría, de belleza, inmediatamente les da miedo y terror. Es como el miedo y terror que da cuando los sacerdotes tenemos la obligación de decir: “hermanos y hermanas, tenemos que ir no solamente en paz, sino que vamos construyendo la paz”, entonces, algunos no queremos salir de nuestra comodidad porque estábamos muy bien aquí dentro del templo. Pero la paz que tenemos los cristianos es la paz que no nos deja en paz. Este momento pacífico lindo de la Liturgia, de estar juntos, tiene que llevar lo lindo al mundo para hacer que el mundo sea lindo. Y como sabemos que eso es difícil, a veces, nos horrorizamos y decimos: “mejor nos quedamos acá”.

Eso les pasó a los discípulos, y el Señor que sabe bien cómo son, hace una tercera cosa.

- Primero, entonces, el Papa nos dice: “déjense iluminar por el Señor”.

- Segundo: “Escuchen siempre al Jesús”. Por eso, estamos preparando ahora la Jornada Arquidiocesana de la Juventud (JAJ), el 2 y 3 de septiembre, en solidaridad con la que ha habido en Lisboa. Y las Paulinas nos van a regalar un pequeño libro con los cuatro Evangelios a todos los jóvenes ¿Por qué han aceptado regalar los Evangelios? Han aceptado porque la Palabra de Dios es un alimento fundamental que nos dejó el Señor a través de la Iglesia, para siempre leer el Evangelio y encontrar una palabra, una luz para nuestra vida.

- Y tercero, el Papa dice que, cuando los discípulos estaban ahí, tirados en el suelo y muertos de terror, el Señor se acerca, los toca y les dice: “No tengan miedo, levántense”. Esa es la fe cristiana, aprender a confiar y a levantarse.

Yo quiero decir una cosa muy importante, y es que todos tenemos tantos miedos y a diversas cosas. Hoy día, los jóvenes de la Confirmación estaban preguntando por los extraterrestres y otros por el diablo, por lo que podría pasarles. Yo les dije que teman más a los malos que vemos porque los espirituales por ahí andan, pero no son tan peligrosos como los concretos que vemos. Por ejemplo, teman al dinero, que se ha convertido en un dios peor que el demonio. ¿Por qué razón? Porque es un dios que todo el mundo ve y quiere acumular, lo ve crecer, lo cultiva, le echa incienso, le prende velitas y no ve a los demás y destruye a los demás por el dinero.

Esos tantos seres espirituales malos como los seres y cosas concretas malos, son los que tenemos. A los seres humanos hay que ayudarlos a convertirse, y a las cosas que nos destruyen hay que destruirlas completamente. Por ejemplo, ¿cómo se destruye la ambición por el dinero? Compartiendo lo que tengo y buscando el bien de todos, porque en la ambición por el dinero se junta poder, ambición, odios, celos, intrigas. Por eso, lo más importante es que nosotros conozcamos bien qué nos pasa internamente para resolver esos problemas.

Uno de los problemas más grandes que tenemos en nuestro país y en nuestra Iglesia es que no nos conocemos. No hacemos un ejercicio de ver quiénes somos en nuestros límites, el pobre Pedro era lo mismo: creía que podía conseguir el cielo directo sin un proceso de conversión. Y el Señor, primero, le dijo: “Apártate de mí, satanás”. Y ahora le dice: “Levántense, no tengan miedo”. El Señor va corrigiendo a sus discípulos y hoy día también nos corrige a nosotros para que todos podamos caminar en estas tres líneas que el Papa ha señalado en la Jornada Mundial de la Juventud: 1) dejarnos

iluminar por el Señor, 2) escuchar al Señor y 3) no tener miedo y levantarnos.

Que Dios los bendiga, y a todos también les quite el miedo y los levante con ánimo y confianza. En esa confianza que nos da el Señor, es Él que nos va haciendo cambiar. Estos días el Papa ha dicho que para eso necesitamos una fuerza especial que es la del Espíritu Santo, y que los chicos van a recibir, primero, en el Bautismo y luego en la Confirmación.

¿Qué cosa es lo que dice el Papa estos días? Es muy chistoso y muy interesante: “Yo soy víctima del Espíritu Santo”, dice el Papa. Sabemos que el Espíritu Santo no produce víctimas, genera hijos, suscita cosas maravillosas, pero él, como Papa, cuando ejerce el trabajo de servicio a todos nosotros, tiene que hacer lo que Dios le manda, pues. Y, entonces, dice: “soy víctima del Espíritu Santo” porque va a hacer una cosa y el Espíritu me dice otra. Y, entonces, tiene que cambiar de idea. Y en eso se ha habituado mucho el Santo Padre: a cambiar, a dejarse cambiar por el Señor. Y si el Papa, que es el Padre espiritual de toda la feligresía del mundo y de los jóvenes, siempre tiene la capacidad de pensar, de cambiar y de ver si está actuando bien, cuántos hoy día no necesitamos rectificación de nuestras vidas y cuánto no anhelamos una rectificación de tantas actitudes terribles que estamos viendo en nuestro país. Y eso pasa porque nos creemos “lo máximo”, “los ya no ya”, y no queremos nunca cambiar y, entonces, el país está como está.

Vamos a pedir al Señor que a todos nos dé la gracia de cambiar y rechazar el miedo y levantarse para hacer el bien para todos, como María lo hizo también cuando ayudó a Isabel.

Que Dios los bendiga y los acompañe, especialmente, a los jóvenes, chicos y chicas, de todo el mundo que hoy concluyeron la Jornada Mundial de la Juventud y, dentro de poco, tendremos nuestra jornada como una réplica de ella.

Gracias a todos, especialmente, a los nutricionistas que hoy nos acompañan, para que nos enseñen a comer bien, no solamente rico, sino sano, que es lo que más importa.